

lo cual hará muy fácil y grata la labor del maestro, y beneficiará de seguro y en subida proporción al niño y al resto de la Humanidad.

Numerosísimos seres desventurados, que vagan desorientados y entristecidos, mendigando empleos oficiales y mercedes depresivas, inútiles o poco menos para toda iniciativa y para todo esfuerzo mental y muscular, fueron sin duda víctimas de una enseñanza desatinada, que trastornó y nulificó su razón. Esta, en potencia, era capaz como tantas otras; pero fue mal guiada y labrada, por lo cual perdió sus facultades congénitas, en vez de acrecerlas y pulirlas. Se tronchó a cercén el tierno tallo, nacido para ser transformado en árbol frondoso y robusto.

Para cultivar con tacto adecuado y provechoso la razón del niño, es indispensable no pedirle sumisión *forzada* ante ninguna creencia. Nunca, bajo ningún pretexto, se le debe impulsar a creer, antes de haberle enseñado a razonar y experimentar, sino después. Y aun en este caso, la creencia no ha de ser definitiva ni obstinada; será, por el contrario, evolutiva y susceptible de rectificación o de modificación. Imponer una creencia cualquiera, sin que vaya precedida de investigaciones y demostraciones concienzudas, equivale a imponer una parálisis cerebral. La creencia deberá ser siempre un resultado, jamás unas premisas. Todas las hipótesis admisibles tienen que ser científicas y razonables. La razón es la ciencia interior del ser humano; la experimentación es su ciencia exterior, confirmatoria de las intuiciones y videncias de su ciencia interior. Del maridaje armónico entre las dos ciencias, íntima y externa, razón y comprobación experimental, brota el conocimiento justo, germina la Verdad. Los dados a creer son poco experimentadores y razonadores; los inclinados a experimentar y razonar son poco crédulos.

Hasta las leyes científicas más evidentes y comprobadas, han de presentarse al niño, no cual una obligación, sino cual un corolario alcanzado por él mismo, tras discernimientos y pruebas gradualmente concatenados. Es preciso discurrir de modo que parezca como si el niño fuera el descubridor de todas esas leyes, ya descubiertas y aceptadas por todos en concepto de inmutables. Con tal procedimiento, el niño comunicará destreza y flexibilidad a su razón; entenderá las lógicas relaciones de

causa y efecto; penetrará el sentido de las cosas y de los seres; conocerá la Naturaleza, sus energías, sus maravillas y sus organismos; comprenderá el funcionalismo de los fenómenos vitales; y sabrá distinguir lo verdadero de lo falso y de lo dudoso, desde los comienzos de su existencia.

Toda razón infantil, bien iluminada, desenvuelta con libertad y educada con sapiencia, siempre ha de percibir, al término de su recorrido, los axiomas científicos unánimemente reconocidos y constatados. La razón humana no es, no puede ser caprichosa y arbitraria. Una razón que condujese al disparate, no sería tal razón. Todas las razones sanas y equilibradas, partiendo de la misma base sólida y verídica y siguiendo sin presiones ni desvíos el mismo consecuente rumbo, han de concluir fatalmente, con cabal exactitud, en idénticas conclusiones. Los trastrueques y desbarajustes intelectivos de la Humanidad, no dependen de las deficiencias de la razón, sino del punto de partida, tantas veces equivocado, lleno de nebulosidades o en extremo cándido. El rosal, en tanto que no se le ingerta, da siempre rosas; como el manzano da manzanas, el hielo da frío, y el Sol da luz y calor. Así, la razón da siempre razones, y no locuras ni tonterías. Todo el secreto de la buena educación, de la enseñanza de veras pedagógica, se condensa en no hacer en la razón ningún ingerto, en dejarla producir sus frutos obvios y peculiares.

En las materias dudosas, nunca debe salirse cómodamente del paso, hablando al niño con vaguedades ni con circunloquios, y mucho menos con engaños. El engaño es siempre dislocador, entorpecedor, antipedagógico por entero. Lo debido es presentar al niño con franca sinceridad las dadas conforme son. Nada perderá, sino que ganará mucho, con aprender a dudar desde la primera etapa de su vida. Si no se dudara, no adelantariamos. Aprender a dudar con juicio, no por sistema, vale (tanto como aprender a inquirir, a diseccionar, a purificar, a dilucidar, a seleccionar).

No se cultiva la razón infantil, en el momento que se considere al niño como propiedad de alguien. Educar, instruir, enseñar, no es poseer ni dominar. El niño no es de sus padres, ni de sus maestros, ni de la nación, ni de nadie; ante todo y sobre todo, el niño es de